

á París á procurar que le pagaran sus reclamaciones. El día 27 dejó el Mariscal á Córdoba y fué á pernoctar en Atoyac.

El largo convoy civil y militar ofrecía escenas tristes y á la vez curiosas; veíanse carros con enfermos, con víveres, con fusiles, municiones y efectos de campamento; carruajes menos pesados transportaban familias enteras que disponían de escasos recursos; carretas conduciendo mujeres y niños; algunos vehículos volcaban en las pendientes laterales de la vía, y se oían entonces gritos y lamentaciones; á veces los soldados tiraban al lado de las bestias para lograr que los carros salieran de los lodazales, afanándose en no quedarse rezagados y en no caer en manos de los guerrilleros que seguían al ejército francés; grupos de hombres y mujeres á pié y cubiertos con vestidos que comenzaban á ser harapos, participaban de la sopa y el pan que el soldado francés les ofrecía; más allá una reunión de personas un tanto menos desgraciadas, llevaban consigo y á espaldas todo su caudal, multitud de mujeres seguían á los soldados franceses, asemejándose el conjunto á una avalancha que se precipitaba desde la altura á las playas veracruzanas.

Entre Córdoba y la hacienda del Potrero, en el lugar llamado la Peñuela, quiso un conductor, apellidado Alvarez, apartar dos cañones que eran transportados en un carro y volverlos á Córdoba para entregarlos al jefe republicano Márcos Heredia, á quien suponía ya en esa ciudad; pero encontró allí á las fuerzas imperialistas de Orizaba que, no pudiendo sostenerse, habían dejado esa ciudad el 27 de Febrero y se replegaban á Veracruz, por orden del general Pérez Gómez á quien Marquez había confiado el mando de aquel puerto. En los momentos en que Alvarez se presentaba en Córdoba para entregar los cañones, salían de la misma ciudad los imperialistas para unirse á la retaguardia del ejército francés y gracias á tal circunstancia volvieron los cañones á poder de los franceses. Estos iban dejando en el camino, armas, vestuario y equipo, cual si hubieran sufrido la derrota más completa, y grupos de soldados con y sin armas, desertaban de sus filas. El mismo día en que salieron de Orizaba los imperialistas, ocupó la ciudad á las cinco de la tarde el jefe Don Manuel Gómez, escoltado por ocho ginetes, de los cuales cinco eran desertores franceses. También el coronel Márcos Heredia entraba á Córdoba á las doce y media del siguiente día, y enviaba su vanguardia á acampar á doscientos metros de la retaguardia francesa. Las guerrillas republicanas seguían al ejército expedicionario á corta distancia, y se instalaban con tanta confianza y facilidad en las poblaciones abandonadas por los franceses, que se podía decir que operaban de común acuerdo.

Todas las fuerzas francesas quedaban instaladas el 28 de Febrero en los alrededores de Paso del Macho, y escalonadas á lo largo de la vía férrea entre ese lugar y Veracruz, en una extensión de doce leguas, apoyándose en las caballerías de turcos.

Maximiliano, después de una conferencia que tuvo con el Mariscal había querido reunir el 14 de Enero una Junta que, á semejanza de la de Orizaba,

decidiese en definitiva si abdicaría ó seguiría reinando. Verificada la reunión, aunque Bazaine opinó por la abdicación, acordaron los votantes que debía continuar el Imperio. Desde ese día apareció Maximiliano filiado resueltamente á un partido, y ya no tuvo con Bazaine sino referencias desagradables en las que mostraban uno y otro pasión y animosidad, exacerbadas por la acción del Secretario Fischer que, dominando en el ánimo de Maximiliano, sostenía los intereses del clero y era, por lo mismo, hostil á la Intervención francesa. (1)

La invitación para la Junta fué hecha por el Presidente del Consejo el 11 de Enero; debía verificarse en el Palacio del gobierno á las dos de la tarde. La Asamblea se compuso de cuarenta personas y no habiéndose presentado Maximiliano quiso Bazaine retirarse, pero le detuvo la consideración de que era necesario decir en alta voz sus opiniones, principalmente en aquellos momentos en que el pabellón francés abandonaba á México. Manifestó en la Junta, que había causado gran desconfianza el abandono que de las principales poblaciones hacían las tropas imperiales mexicanas, sin disparar un tiro; lo que probaba que era nula la protección militar que el Imperio pretendía darles, que se encontraban ya sublevadas y que á esas horas cada Estado había recobrado su puesto en la Federación y volvían á sus destinos la mayor parte de las autoridades federales elegidas conforme á la Constitución de 1857. Nada se ganaría con hacer alardes militares y grandes gastos para volver á conquistar el territorio perdido, puesto que faltaba á las poblaciones voluntad para sostener el Imperio, á causa de la experiencia que habían adquirido en los dos últimos años. Las columnas dirigidas hácia el Interior, recibiendo poco á poco la influencia de las poblaciones, también se pronunciarían, ó por lo menos se debilitarían á causa de las guarniciones que tendrían que dejar en los grandes centros, donde serían sitiadas, les cortarían toda clase de relaciones con el gobierno del centro y sobrevendría la paralización de todas las industrias y del comercio, cundiría el descontento y faltarían los recursos para sostener las tropas. Además, los Estados Unidos no se conformarían sino con la organización federal en México, debiendo temerse constantemente la mala voluntad de ellos respecto á cualquier otro sistema. Bajo el punto de vista militar, aseguró Bazaine que las fuerzas imperiales no podrían sostener al país en paz, de manera que el gobierno imperial pudiese ejercer su autoridad en toda su plenitud; las operaciones militares serían combates aislados sin resultados definitivos, servirían únicamente para mantener la guerra civil con medidas arbitrarias y traerían la desmoralización y la ruina del país. Para proporcionarse recursos

(1) En la conferencia habida en la hacienda de la Teja, entre Maximiliano y Bazaine con motivo de convocar la Junta para el 14 de Enero, se convino en que asistiría Maximiliano y que Bazaine exponería las razones para creer que era aquí imposible la Monarquía. Si la Junta seguía el parecer de Bazaine, Maximiliano se retiraría del país; en caso contrario, permanecería pues no quería asemejarse al soldado que para huir precipitadamente del campo de batalla arroja el fusil; lenguaje viril que revela el valor del militar, pero también falta del sentido despejado del político.

tendrían que apelar los agentes del gobierno á los préstamos forzosos y crecería con ellos el descontento de las poblaciones. En cuanto al punto de vista político, la opinión de la mayoría del país, dijo Bazaine, parecía mas bien republicana federal que imperialista, y era de dudar que un llamamiento á la Nación fuera favorable al sistema monárquico. Reasumió el Mariscal sus opiniones en una sola: *creía imposible que Maximiliano continuara gobernando aquí, en las condiciones normales y honrosas para un soberano, sin descender al rango de un jefe de partido, siendo preferible para su gloria y salvaguardia, que devolviese el poder á la Nación.*

Bazaine envió á Maximiliano una copia de esta declaración, como respuesta á la invitación que le hizo por intermedio del Presidente del Consejo de Ministros, para que manifestara su parecer.

Después que habló el general 'en jefe, lo hicieron otros miembros de la Junta, y verificado el escrutinio se decidió por todos los votos menos cinco, que la monarquía debía luchar; voto que cerraba las puertas á las combinaciones de restauracion republicana emprendidas por el gobierno francés, y quitaba la posibilidad de garantizar los créditos y empréstitos, que se habrían podido arreglar con un nuevo Presidente de la República Mexicana. Este resultado hizo definitivo el fracaso de la misión de Castelnau y de las tentativas ensayadas por la diplomacia francesa cerca de los jefes republicanos. También declaró la Junta que era inútil cualquier otra apelación, á pesar del formal deseo del Emperador para referir el asunto á un congreso nacional. Los ministros de hacienda y guerra otra vez declararon: el primero, que tenía á su disposición inmediata ocho millones de pesos, contando con tres más, y el segundo aseguró que poseía en caja doscientos cincuenta mil pesos para sostener las tropas existentes y levantar otras nuevas.

El ministro Lares creyó conveniente consultar el parecer del Cuerpo Diplomático; habiendo reunido á todos los ministros acreditados cerca del Imperio, les pidió su opinión para saber si el Emperador debía abdicar. Mr. Middleton, representante de Inglaterra y que acababa de suceder á Mr. Scarlett, respondió friamente que no reconocía en el Sr. Lares facultad para tal pregunta, puesto que debían ser sus relaciones con el Ministro de Negocios extranjeros y no con el Presidente del Consejo. El representante de Bélgica, Mr. Hoorickx, dijo que si Su Magestad le hacía el honor de llamarlo á su gabinete sabría contestar; pero que públicamente nada podía decir acerca del asunto. El de Francia, Mr. Danó, contestó que Su Magestad sabía mejor que nadie cual era su interés en aquellas circunstancias. El barón de Lago, embajador de Austria, manifestó que se trataba de un asunto de dignidad, en el que únicamente Su Magestad tenía la misión de decidir. Solamente el Ministro de España, anciano de buen humor y amigo particular de Lares, dijo sin reticencias dirigiéndose á este:

—Vamos, nada de farsas, ¿cuántos hombres teneis?

—Cuarenta mil, respondió Lares.

—¿Y pesos?

—Veinte millones.

—¡Bah! Sabeis bien que no contais con un peso ni con ejército. Si tengo algún consejo que daros, en interés del Emperador y del vuestro, consiste en el de que le induzcáis á irse.

Después de esa reunión, se vió con mayor claridad que Maximiliano se encontraba solo; sin el apoyo moral de las potencias que le reconocían; frente á los republicanos de México resueltos, y frente á los Estados Unidos exasperados y deseosos de derribarlo; pero atraído por la perseverancia y la rectitud de D. Benito Juarez, siguió alimentando ilusiones de un candor incomprensible basadas en encontrarle y entenderse con él.

La conducta seguida no impidió que en los primeros días del mes de Febrero, propusiera la intendencia francesa en venta al Ministerio de Maximiliano, carros, guarniciones, trenes y vestidos militares; pero tan solo esto último fué adquirido para uso de las tropas que estaban casi desnudas.

Dejaban los franceses la capital rodeada de un recinto fortificado de trece kilómetros en su perímetro, defendido por cañones de campaña y de grueso calibre, provisionados con trescientos tiros cada uno; quedaban en la plaza polvorines con cantidad muy considerable de cartuchos y en almacén gran cantidad de fusiles en perfecto estado. En las garitas, frente á las calzadas, había hecho construir el Mariscal caballos de frisa. Fueron llevadas á la Ciudadela las piezas de campaña, y después de contarlas y reconocerlas, las recibieron los jefes de la artillería imperialista, y también recibieron los almacenes con los útiles de la maestranza, dejando las piezas de sitio en sus puestos. Los proyectiles huecos ó llenos, cuyo transporte hubiera sido muy costoso, fueron inutilizados por los ingenieros franceses, asegurando que no servían para el calibre de la artillería que les quedaba á los mexicanos. La pólvora á granel fué arrojada á las acequias por el general Castelnau; no obstante quedaba la plaza provista suficientemente de municiones, al grado de haber podido sostener un largo sitio que terminó tan solo por causas independientes de los recursos militares con que contaba la plaza.

En los momentos en que los franceses destruían en la Ciudadela algunas municiones, llegaban dos desconocidos á las puertas de ese puesto militar; de pronto fueron detenidos por los centinelas, pero habiendo dádose á conocer penetraron al fuerte: eran Maximiliano y el general Márquez que se presentaban para impedir que continuara la destrucción de aquellos elementos de guerra. Bazaine manifestó su disgusto por ese paso que daban Maximiliano y su primer general, pues indicaba desconfianza en la rectitud de las intenciones que abrigaran los comisarios imperiales.

Los caballos cuyo valor excediera al flete, eran los únicos que podían ser vendidos á Francia, todos los demás, lo mismo que las mulas, serían vendidos á cualquier precio, aquí ó en la Habana, trasportando y enagenando los mejores

en las colonias de la Martinica y Guadalupe. Se le propuso á Maximiliano venderle los caballos árabes é indígenas que estaban en buenas condiciones, pero al contado, lo cual convertía ese asunto en ilusorio.

El gobierno francés ordenó al general Castelnau, que el movimiento de concentración y retirada quedase terminado en los primeros días del mes de Febrero, para cuya fecha estarían en Veracruz los buques trasatlánticos que se ocuparían en el transporte. Se deseaba en París abandonar lo más pronto posible el territorio mexicano, y se le instó á Bazaine para que así lo ejecutase, y á consecuencia de esas instancias se apresuró á acumular las tropas cerca de aquel puerto.

Bazaine consideró que no debía dejar en poder de los republicanos los prisioneros franceses, y entró en conferencias con diversos gefes republicanos para obtener el canje correspondiente. También el ministro de guerra de Maximiliano, Sr. Murphy, había solicitado del Mariscal Bazaine que pidiese la libertad de los imperialistas que estaban en poder de sus enemigos. El encargado austriaco de negocios, recurrió por su parte á los buenos oficios del Mariscal para libertar á los soldados de la legión austro-belga que habían caído prisioneros en los combates de Miahuatlán, la Carbonera y Oaxaca; pedía el barón de Lago que el Mariscal interviniese directamente en las negociaciones con los generales jnaristas de más nombradía, considerando á los voluntarios austriacos ya como que habían cesado de ser soldados mexicanos.

Los generales republicanos convinieron en que estaba en el interés de su propia causa, no retardar la evacuación del territorio por las tropas francesas, se abstenerían de demostraciones amenazantes y siempre se mostraron dispuestos á canjear los prisioneros extranjeros, que hasta entonces en su mayor parte habían sido tratados con benignidad. El general Escobedo daba libertad á los austriacos capturados á orillas del Río Bravo; respecto á los prisioneros residentes en Oaxaca, Mr. Thiele, secretario particular del general Diaz, se había presentado desde Noviembre del año anterior en Tehuacán, con la respuesta á una nota del barón Aymard abriendo negociaciones para libertarlos, después de la muerte del comandante Testard. (1)

En Oaxaca estaban cerca de setenta prisioneros, de los cuales diez y nueve eran oficiales de Cazadores: el 21 de Enero eran canjeados en la hacienda de Buenavista.

Maximiliano, queriendo atraerse al general Porfirio Diaz, había mandado llamar á México á Mr. Thiele, y le encargó cerca de ese general una misión confidencial que fracasó, lo mismo que había fracasado otra con el general Gonzalez

(1) Thiele era de origen francés; había venido á México formando parte de una fuerza de seguridad enviada por el inspector general de policía en París para la seguridad de los soberanos en México; después dejó el servicio de Maximiliano y fué á Oaxaca en calidad de agente de colonización; allí se adhirió á los republicanos, temiendo las persecuciones de un personaje mexicano.



*General Francisco G. Casanova.*

Sostuvo al Gobierno de Maximiliano en los diversos empleos que ocupó. Mandaba en el puerto de Tampico, cuando los dos bandos políticos peleaban en Tamaulipas con resolución. Después fué jefe de la 7ª zona militar que tuvo por centro á Mérida y dió algunas disposiciones para combatir á los Republicanos de Tlaxcala que ocupaban á Jonuta. Concurrió á la defensa de Querétaro y presenció la ruina de este último atrincheramiento del Imperio.